

El contrapunto entre la esperanza y la desesperación.

Reseña del nuevo disco "Todo o nadie" del rapero Neidos (Lágrimas de Sangre). Una propuesta que mezcla el rap con una orquesta sinfónica.

En 2009, Neidos publicó "Atmosfera", un álbum conceptual que apostaba por combinar la música con el diseño gráfico. A pesar de ser un proyecto aparte de Lágrimas de Sangre, contenía dos de las canciones que serían el embrión y el presagio de lo que vendría. Tanto en "Cuando el sol se va" como en "Tiempos crueles" se incorporaba una guitarra solista que, a modo de narrador, fraseaba al margen de los rapeos y trazaba caminos que desembocaban en estribillos cantados e íntimos. Algo sin precedentes en el rap estatal. Sin duda era una apuesta arriesgada dentro de un movimiento como el hip hop que siempre se había regido por unos mandatos bastante ortodoxos y mostraba reticencia a apartarse de su pureza. Lágrimas de Sangre hacía años que se habían ganado el respeto dentro del underground barcelonés y, aunque se manejaban con solvencia dentro del rap duro, siempre habían roto moldes y no se escondían de reconocer influencias y gustos musicales más allá del género, que incluían estilos como el *reggae* o el rock urbano.

Los conocí entonces, en esa Barcelona que luchaba y confrontaba a un gobierno que nos imponía el Plan Bolonia a golpes de porra. Tiempos en que explotaban burbujas inmobiliarias que lo arrasaban todo, tiempos en que se desalojaban familias pero se llenaban plazas, tiempos en que creíamos que podríamos. Tiempos de barricadas y disturbios donde se exigía que la música urbana fuera real y explícita. Antes de dejar Barcelona, compartimos alguna salida nocturna, algún concierto, alguna sobremesa, música y conversaciones. Esto, más allá de la anécdota, me permite constatar que el éxito del grupo radica en la autenticidad y en la calidad humana que hay detrás.

Este verano, al acabar un concierto y ya en suelo llano, Nil (Neidos) me explicó que estaba acabando de ultimar un proyecto que había estado gestando los últimos 4 años: "rapear acompañado de una orquesta sinfónica". He de reconocer que, aunque me parecía una genialidad, no me sorprendió. Lo veía como un paso evolutivo lógico en él, este anhelo de expansión hacia otros vehículos musicales y campos instrumentales. En el fondo, Nil, además de cantante y productor musical, es arquitecto. Por tanto, era de esperar que la obra que barruntaba no solo tendría una bonita fachada, sino que se construiría con cierta solidez técnica, es decir, con unos cimientos y una estructura adecuada.

Meses después, un enlace de Dropbox me convertía en uno de los privilegiados que tenía acceso a la obra antes de la fecha de estreno. Junto al enlace, el título: "Todo o nadie".

Comienza el disco y explota la primavera. Un violín abre una grieta por donde se cuele un amanecer, cada instrumento encuentra su lugar en este paisaje que se nos dibuja. El *cello* nos eleva; las violas son mariposas que flotan; un piano hace deslizar notas por un manto de hierba tierna; una guitarra eléctrica rompe el cielo como un rayo de sol que nos ciega y nos despierta. Neidos, en su estreno como compositor en clave sinfónica, nos evoca a Beethoven en su "Pastorale" y el primer movimiento que, como en el presente, también nos transporta a un paraje natural. Un prólogo que invita al oyente a abrir el pecho de par en par.

De repente, nos viene a recibir una guitarra -que a partir de entonces guiará toda la trama del disco- y, detrás de ella, un Neidos contestatario, enfadado con la realidad, retratando y escupiendo verdades sobre una sociedad que no le gusta. Un narrador que nos explica cómo somos y cómo nos comportamos; abocado irremediabilmente a formar parte. Hecho que le genera un cierto rechazo y desvinculación hacia el entorno. Nuestro protagonista a imagen y semejanza del Zaratustra de Nietzsche -si se me permite la analogía- anuncia en medio de una plaza que "Dios ha muerto". Grita y sacude por la solapa a la gente que se cruza, pero no encuentra más interlocutor que el ruido y el caos. Es en este punto cuando el protagonista decide escapar y emprender un viaje.

Desde un inicio se nos plantea un dilema: "Todo o nadie", un conflicto interno que emerge fruto de una sobrecarga de angustia; un relato enmarcado dentro de un tiempo complejo que nos ha tocado transitar. Luchas vitales que se entrelazan sin espacio para metabolizar tantos cambios, engaños y experiencias -correspondientes a 15 años de vida-. El dilema entre aceptar la realidad o alejarse de todo lo que la conforma se va repitiendo a lo largo de la obra capturando el desencanto -y a ratos la impotencia- de una generación.

Este contrapunto constante entre la esperanza y la desesperación sostiene una tensión narrativa que engancha y nos mantiene alerta a los diferentes cambios de registro, instrumentaciones y evolución de la historia - que el autor imbrica dentro de las cuatro estaciones-. Concebir el viaje como algo lineal sería un error; Neidos nos plantea una circularidad, un eterno retorno. La presente, por lo tanto, es una historia en espiral, donde encontraremos tantas introducciones, nudos y desenlaces como escenas

vitales incluye. Perfectamente podríamos enmarcarla dentro de lo que hoy en día se conoce como *autoficción*.

Sin duda, "Todo o nadie" es una obra que desafía a la industria musical, acostumbrada al *fastfood* y propuestas que, lejos de hacer pensar al oyente, lo entretienen y distraen. Es un álbum que no está hecho para gustar, pero que gusta y mucho. Es un disco para escuchar con calma, refugiándose en uno mismo, paseando o en la paz de una divagación estática. Dentro de él, además de una historia, encontramos himnos que seguramente perdurarán y acabaremos tarareando con esa mezcla de euforia e identificación con la que cantamos las canciones de nuestros Lágrimas de Sangre.

